

"Es de Contarlo y no Creerlo"

Cuento para el teatro, de
Luis Alberto Heiremans

De nuevo Luis Alberto Heiremans, en "ES DE CONTARLO Y NO CREERLO", "bello cuento literario" como reza el programa, —cuento para el teatro— según definición del autor, torna a lo que parece ser su meta ecénica predilecta: la conjugación de realidad y fantasía. Vuelve el autor de "La hora robada" a manejar elementos figurativos de tipo extraterreno, introduciéndolos en una historia que, aunque se desarrolla en un departamento "ubicado en un piso muy alto, como suspendido en medio del cielo", no seja de estar isentada en la tierra.

De los cuatro personajes de su reparto, en efecto, el único real es Gonzalo, el diputado. Los tres restantes son figuraciones: un "ángel guardián" y dos "postulantes a ángeles", que tienen por misión, aquella de velar por el inquieto diputado y servirle de "valet", y éstos la de corregir sus liviandades, bajo la forma de amas de llave.

El hecho de que el protagonista sea un congresal, podría hacer pensar en una sátira política. Pero la intención satírica, si es que la ha habido, no pasa de la pintura misma del personaje, cuyas líneas definidoras, que podrían situarlo indistintamente en cualquiera actividad, sugieren una pobre idea de la idoneidad parlamentaria y nos remiten, más bien, a un galán superficial y atolondrado.

La construcción dramática de este cuento para el teatro, es débil. Carece de un conflicto propiamente tal y, a consecuencia de ello, su acción es mínima. El primer acto se extiende en explicaciones que debieran surgir del hecho teatral, y el planteamiento que deja formulado, posee escasa consistencia. El segundo, dividido en dos cuadros, es el más logrado de la obra. Sobre todo la segunda etapa, que consta de una sola escena de magistral desarrollo, llena de simpatía, de finura y de espontaneidad, impregnada de sugerente poesía. Muy sensible es que esta bella escena se mangle en su último tramo, con un final abrupto y prosaico, que destruye bruscamente el encantamiento que había logrado producir. El acto tercero, que es el menos teatral de los tres, y cuya caída de telón tampoco es oportuna, retrotrae la situación, después del éxodo de "Angela 8234" a su fase inicial. De nada sirvieron los "ángeles". El diputado vuelve a sus antiguos hábitos y al vacío de su vida frívola.

Aparte de su debilidad de construcción, la obra es un tanto confusa e incongruente en la línea de sus personajes. Así, por ejemplo, no se entiende bien que Custodio sea el "ángel guardián" de Gonzalo y, al mismo tiempo, encubridor —"socio", se dice en la obra— de los "afaires" galantes del diputado.

Se vé claro que el autor, cuyo dominio de la técnica teatral es cosa probada, no se propuso, al escribir esta pieza, más tarea que la de entretener a los espectadores. Y lo consigue en buena parte pese a las fallas anotadas y a la poca novedad del tema. Para ello despliega eficazmente su maestría en el diálogo, la gracia y vivacidad que sabe poner en él. La conversación escénica es natural, ágil y a menudo chispeante, siempre a tono con las situaciones. Se escucha con agrado. Es más, tiene a ratos, la virtud de cautivar. En ella, reside el mérito de la obra, que el público aplaudió con entusiasmo.

La puesta en escena es correcta. Un elegante decorado de Bernardo Trumper — quien además ilumina con eficacia— le da un adecuado respaldo ambiental. El vestuario, irreprochable.

En el orden interpretativo, hay ostensibles desniveles. Maruja Cifuentes realiza una acertada labor de carácter en la personificación de "Angela 607". Mario Montiles encarna a "Custodio" en una línea de actuación que no siempre traduce las exigencias del rol. Su desenvoltura resulta un tanto forzada y sus gestos denotan demasiada preocupación por el gesto mismo.

Sobresale con relieves propios la joven actriz Mónica Araya, que demuestra poseer tres cualidades esenciales: simpatía escénica, naturalidad de movimientos y dicción excelente. En su humanización de "Angela 8234", siempre mantiene el tono y encuentra el matiz adecuado a cada circunstancia. Siente el rol y lo transmite. En suma una labor encomiable, que sólo es empañada por ese absurdo juego mímico del final del tercer acto, imputable por entero a la dirección.

El rol de "Gonzalo" —interpretado por Mario Sepúlveda— es un tipo de galán que requiere gran soltura y gracia natural. En nuestro teatro no abundan los galanes. El actor mencionado se esfuerza honradamente en dar el tipo, pero lo consigue sólo a medias. Su gracia no es a veces espontánea y su desmadejada movilidad —sobresale al andar— aparece notoriamente preconcebida.

La dirección de Eugenio Dittborn es correcta, pero la salvedad de la escena mímica, que además de superflua nos par...

"ES DE CONTARLO Y NO CREERLO"
estreno de la temporada de 1958-59
de Ensayo de la Universidad
de Chile
Emilio Henríquez.